

Soja y humo



Cristian Wachi Molina

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina
molacris1@hotmail.com

Para mí. Palabras preliminares

Escribir, para mí, nunca ha sido meramente una cuestión de forma ni de procedimiento. Ni siquiera una pretensión tética para definir un proyecto nuevo, modernizante, omnívoro y limitante para generar un estilo que, luego, termina funcionando como una marca dispuesta a la identificación que se vende fácilmente o captura —poderosamente— a más y más lectores. No pasan por mi cabeza y cuerpo esas cuestiones cuando se impone la escritura, salvo que me paguen. Pero en todo caso, ahí puedo elegir en qué quiero que me paguen y en qué no. El poema y la ficción siempre han ido por otro lado que la escritura asalariada como crítico, profesor o gestor cultural. Soy un trabajador de la escritura, pero no de todo lo que escribo. Y eso lo elijo con meticulosidad.

Escribir no tiene importancia, para mí, si no es algo que punza orgánicamente el cuerpo y se impone con una intensidad que impulsa el acto que, al principio, no sé muy bien en qué consiste. Puedo pasar días o meses enteros sin escribir absolutamente nada, salvo un posteo en las redes sociales, que es casi como no escribir. Para mí, no hay problema alguno con esos momentos de descanso de la escritura, donde el cuerpo se prepara para recibir la energía que lo predispondrá a otra aventura. Porque, justamente, para mí, la escritura es cuestión de energía o fuerza venturosa —tal vez vital— que difícilmente sea definible por el lenguaje. Es una cuestión intransferible, casi. Aunque quizá, el modo en que se mueven las palabras, más o menos aceleradas, más o menos enredadas, tenga que ver con cierta traducibilidad de esa energía que impulsa la escritura-cuerpo.

Por eso, cuando me preguntan cómo surgieron determinados poemas o cuentos, me resulta bastante difícil ofrecer una respuesta sin partir de ese momento intransferible en que el cuerpo vibra y punza hasta arrancar escritura. De lo que se trata, en todo caso, para mí, ahora, no es tanto de ofrecer esa respuesta, sino de reponer el momento en que el cuerpo de escritura se activó. Los poemas elegidos para este debate son parte de un impulso que comienza con la publicación de mi poemario *Un pequeño mundo enfermo* (La Bola Ediciones, 2014), pero que empezó en *Lu Ciana*.

Plaga xombi sodomita (Janus, 2013). Desde 2010, Leones, en el sur de Córdoba, la ciudad-pueblo donde nací y donde aún vive una parte importante de mis afectos, comenzó a padecer los trastornos acumulados durante años por la presencia de las cerealeras que cruzan de este a oeste, aún hoy, en torno de las vías del ferrocarril, su espacio. Mi tía muere de cáncer, mi padre contrae cáncer, mi abuelo muere de cáncer, más de 20 vecinos que vivían a una distancia de 3 a 4 cuadras de las cerealeras, son diagnosticados con patologías cancerígenas. Un año antes, en 2009, mientras visitaba a mis padres, una lluvia de partículas comenzó a caer en el patio de mi casa y tuve mi primer brote asmático, mucho más fuerte que las alergias respiratorias que me acompañaron desde chico.



Pero me di cuenta que antes, alrededor de los ocho años de edad, tuve una cirugía nasal en Marcos Juárez, puesto que tenía una patología que me impedía respirar por la nariz. María Esther, mi docente de música de la primaria, nos alojó en su casa que quedaba justo enfrente de uno de los molinos harineros de esa otra ciudad ruralizada. Esa noche estornudé sin pausa durante horas, lo que me impidió dormir. Sangré de tanto

estornudar. Desde ese día soy alérgico. Respirar, para mí, fue un contacto tóxico con las partículas de cereal que durante todo el año levitan en la atmósfera de los pueblos.

En 2010, la fecha no es inocente: el desarrollo de estas enfermedades es silencioso y lleva años, se registra una multiplicación hegemónica del uso de agrotóxicos que en el país comenzó en la década de 1990. Recién veinte años después se manifestaron las consecuencias palpables de esas políticas de la muerte y así fue cómo los vivientes humanos de Leones se presentaron durante más de tres meses en el Consejo Deliberante a reclamar cambios en las condiciones de vida y a hacer evidente las políticas de manipulación de estudios de impacto ambiental con las que se intentaba engañarlos. Entre la bronca, la desesperación y la angustia ante los cuerpos amados que eran —con evidencia— expuestos a la muerte por el negocio agrícola, algo se me presentó como un impulso de escritura para comprender o, por lo menos, acompañar eso que nos estaba pasando. No se trataba de una denuncia, para mí. No era eso. La denuncia la estaba llevando adelante todo un pueblo. Era una energía difícil de calibrar que se había apoderado del cuerpo y de la escritura con una intensidad inusitada y una inminencia que requería atención. Fue eso: un tiempo en que pusimos el cuerpo y la escritura a prestar atención a eso que sucedía. Había una urgencia que atender, porque de golpe, todxs, a medida que avanzaban los estudios ambientales y de salud de lxs médicxs de pueblos fumigados, sabíamos que cada día era una exposición a la muerte que no tenía pausa. El tiempo pasaba y lxs muertxs y enfermxxs se multiplicaban. Hastiadxs, organizamos hasta una campaña durante la cual enviamos notas a la Intendencia, con muestras de cajas de medicamentos —yo envié la del salbutamol— para que tomaran alguna medida. Si bien me citaron para hablar del problema, nunca concretaron la fecha del encuentro. Poco después, cuando nadie cedía, comenzaron a tomarse medidas. Salieron ordenanzas que impidieron los depósitos de agrotóxicos dentro del casco urbano —lo cual era una risa, porque si no debíamos llorar—, promovieron un área libre de fumigación de pocos kilómetros alrededor del pueblo —que no solo nadie cumplió, sino que es una burla a los estudios sobre el arrastre de particulado en aire de los agrotóxicos—, y se prometió un traslado de las cerealeras fuera de las zonas urbanas, que hasta el día de hoy no se terminó de hacer. En torno de las vías del ferrocarril, donde se encontraba una de las cerealeras, con galpones derruidos y casi vacíos ya con poco o nulo funcionamiento, se construyó un espacio verde y se pintó de multicolor estridente uno de los galpones que hoy se emplea para

diversas actividades. El espacio de muerte se convirtió en un punto de fiesta, deporte y cultura, ocultando su pasado.

Algo similar ocurrió en Rosario, ciudad en la que actualmente resido. Las cerealeras de la costa del río Paraná se convirtieron en *remakes* de la zona de Puerto Madero de CABA en la provincia de Santa Fe, en museos o en paseos para disfrutar del ocio capitalista más frívolo y ostentoso. Los “silos de colores”, como se llama al MACRO (Museo de Arte Contemporáneo de Rosario) popu-



larmente, son una pieza de muerte a la que aún hoy me cuesta entrar sin padecer escalofríos. A pesar de que se montan muestras y eventos culturales, incluso políticamente militantes y relacionadxs con el socioambientalismo, tengo que romper con una barrera simbólica que me paraliza. No sé cómo ni qué se debe hacer, no soy un iluminado dueño del saber y de la verdad, pero en estos casos, entiendo que se desactiva cualquier política de la memoria y se la reemplaza por una monumentalización festiva y *cooltural*; y yo amo las fiestas, pero esta es engañosa y siniestra para quienes padecemos las consecuencias corporales y neropolíticas de este modo de vida impuesto y sustentado en el negocio agrosojero, al que todas las dirigencias políticas justifican por motivos diversos. Por todo esto, es que estamos borradox y desaparecidxs, incluso detrás del ocio y el disfrute del paseo ciudadano que se constituye en estos espacios desmemorizados.

Sin embargo, desde entonces, en mi imaginación levitan partículas tóxicas de cereal que vuelven como una especie de trauma inconsciente ante la precarización de lo vital, y también como un modo de resistencia ante el maquillaje festivo y *cooltural* del ecocidio que no ha terminado. Al contrario, en los últimos años, y producto del mismo modelo de vida, el humo se instaló de golpe en las ciudades y son otras las partículas, las de los vivientes convertidxs en ceniza, las que nos obligan a respirar durante varios meses al año un posible futuro donde los edificios espejados, los complejos turísticos y los aspersores para la soja pueden llegar a reemplazar el mundo salvaje, brillante y frondoso de las islas. En este sentido, los poemas que presento aquí no son solo míos, sino que son un *para* y un *desde* otros que dejan la herida en el cuerpo de escritura, que no deja de curarse y de volverse a abrir, puesto que estamos lejos de haber terminado con esta muerte en cuotas de soja y humo. De todos modos, además están atravesados por una escritura donde el despertar sexual disidente y el mariposeo impulsa una fuerza que parece sobreponerse, y afirmarse, dichosa, en medio de las ruinas del mundo. Al menos, eso es lo que sigue potenciando estas palabras: la posibilidad de seguir vivxs y de afirmar nuestra potencia diversa a pesar de todo.

Estos poemas son la manifestación de lo que siguió luego de la publicación de *Un pequeño mundo enfermo* (2014) y que, hasta hoy, la mayoría de ellos permanecía inconclusa e inédita, excepto el último de esta recopilación, titulado “Humo”, que forma parte de la antología compilada por Tin Roda, *Las cenizas llegaron a mi patio* (Brumana, 2021), título de un verso de la poeta Estela Figueroa.

Sacudidos por esa energía inicial que los impulsó, entiendo, siguen agitando culturalmente una imaginación en común, sin esencialismo unívoco. Son las marcas de un pasado que no ha dejado de hacerse presente nunca y que, espero, no tenga mucho futuro. Para mí, el dolor de las muertes y enfermedades crónicas de nuestros seres queridos, propias, y la

desaparición cada vez mayor de los vivientes de las zonas rurales tendría que exigirlo sin demasiada argumentación y sin que tuviéramos que escribirlo.

SOJA

Resistencia

Bolsa I (Granos: 80 kg)

Las plantas apenas
pasan de las rodillas
y aureolas de luz se esparcen
en los surcos
algunas veces
a leves e imperceptibles
centímetros de un crecimiento
más pequeño que la planta
con hojita espinosa
y el tronco blando
hay que darle con el filo de la pala
y mutilarlo
morirá poco después
cuando ya no pueda sobrepasar a la soja
asfixiado
antes
sí
de que su vida irregular
dicen
contamine la posibilidad
de una buena cosecha para una buena vida
dicen.

Bolsa II (Granos: 66 kg)

He visto crecer las malezas
en algunos campos
casi árboles
abiertos erguidos sobre la planicie verde
no se movían con el viento
vigorosos
verdes flexibles y dentados
ni las tormentas
o las pedradas
los derribaban
crecían cada vez más alto
hasta largar flores campanitas bellísimas de salvajes
¿será por todas esas cualidades
o por su ignorancia
quizá
que molesten tanto?

Bolsa III (Granos: 25 kg)

Hubo ocasiones
en que las cuchillas de las cosechadoras

terminaban destrozadas
trabadas
torcidas
en plena cosecha.

Un tronco de madera grueso
les ofrecía resistencia.

Bolsa IV (Granos: 31 kg)

En el pueblo crecían los chamicos
y sus alturas nos hacían sombra
en los baldíos
siempre los esquivábamos en nuestros juegos
tanto nos habían dicho sobre su mal
que les temíamos.

Bolsa V (Granos: 130 kg)

A veces en los campos
las quínoas crecían a su lado
rojas sobre las planicies verdes
saturaban la visión
también había que cortarlas
de un solo golpe atento casi a ras de tierra
mucho después las vi en Perú
adoradas como diosas
en medio de las papas el maíz las habas
les ataban cintas de colores en los surcos
por donde el agua les llegaba
tomamos sopas con sus semillas
eran imprescindibles en medio del paisaje
y nunca pregunté por qué
las dejaban crecer solas
me levantaba y en el desayuno
las miraba refulgir coloradas delante del Titicaca
donde existían
¿habrá algún lugar en el planeta
donde el chamico sea
casi la quinoa
casi
una soledad imprescindible?

Bolsa VI (Granos: 172 kg)

Timoncito se clavó
una espina en el pie

se reía demente en medio del campo
el sol hervía las ideas
su padre y mi padre
corrían desesperados
ante la locura anunciada
me dejaron con él para cuidarlo
mientras ellos iban a la chacra a buscar ayuda
Timoncito decía en su delirio
que el chamico había
atado sus manos adentro de los ojos
la soja se movía y no había viento
yo tenía nervios
y casi despierto en un momento
lo vi empezar a revolcarse dando tumbos
sobre la siembra
aplastó surcos enteros hasta que llegó la camioneta
el gringo nos dijo
que ahora se iba a tener que poner
a ver si salvaba las plantas rotas por un descuido de cazadores clandestinos
¿ustedes no saben que no se jode con el chamico
se enojaba mientras nos llevaba al hospital?
y Timoncito atrás de la chata
se quería tirar a la tierra
porque tenía hambre y se moría
si no remojaba las raíces.

Bolsa VII (Granos: 13 kg)

¿El Floripondio es casi un chamico
o el chamico casi es un floripondio?

Bolsa VIII (Granos: 54 kg)

Se les arruinó la cosecha
una soja sucia con infinitas semillas de chamico
quedó adentro de los acoplados
intentaron
sí
todo el día
separar filtrar las semillas
pero no hubo caso
como pixeles de videojuegos
mezcladas entre los granos amarillos
las púas sueltas y rotas de las vainas
se clavaron en los dedos.

Bolsa IX (Granos: 77 kg)

Un avión empezó a planear en el campo vecino
mi papá se angustiaba

porque cada vez había menos trabajo
mientras un rocío bajo el sol en rayos fuertes
nos empezaba a llegar desde arriba
el avión subía y bajaba casi a ras de los corrales
y el ruido de los aspersores parecía
un soplido a presión sobre el paisaje quieto
mientras caminábamos buscando
hojas salvajes que cortar
pala en mano y ya cansados
allá atrás y desde arriba
veíamos cómo caía desde el cielo
el final del chamico en los alambrados.

(680 granos quedan esparcidos en el suelo)

Desyuyar

Bolsa X (Granos: 50 kg)

Yo tenía fantasías con Timón
el padre
usaba unos pantalones de gimnasia
tipo Adidas, aunque no tanto
ajustadísimos
él sabía que lo miraba con ganas
algunas tardes el vino
le hacía perder los estribos
un día sacó la pija durísima
y le dijo en complicidad a mi viejo
esta noche hago un desastre
la blandía con la mano entre los surcos
y yo quería que estuviéramos solitos
pero no
mi viejo
que siempre sabía reprimir
dijo están los chicos
y me miró de reojo
Timón nunca más hizo un gesto tan hermoso
aunque él y yo sabíamos
cuánto nos había gustado ese desborde irrepetible.

Bolsa XI (Granos: 55 kg)

El sol quema la tarde
y la soja brilla como las monedas
en medio de los campos.

Bolsa XII (Granos: 70 kg)

Empezamos a convivir con los aviones sobre nosotros
las miríadas llegaban con el viento a refrescarnos desde la mañana temprano

éramos carísimos en comparación
carísimos
y tuvimos que bajar el precio
los aeroplanos en los cielos casi chocaban
mientras las mariposas caían en el suelo
yo me detenía a mirarlas
en montones
batir las alas sin poder levantar vuelo
alguna que otra sin embargo
remontaba
y era mi alegría verla desaparecer en el aire
altísima.

Bolsa XI (Granos: 60 kg)

Las lechuzas se alejaron a las torres de alta tensión
estaban asustadas
y con sus ojos grandes
y a los gritos
parecían decir algo que no entendíamos
eran cientos de lechuzas amontonadas
nunca habíamos visto tantas juntas en pleno día
de noche
su grito anunciaba tragedias
y había que insultarlas para evitar la maldición
se levantaban desde la tierra y planeaban enfrente de la luna
blanquísimas
aquella vez
cuando nos vieron
se amontonaron en las torres de cemento
en un momento planearon sobre nosotros
todas juntas en círculos
temimos lo peor
vamos dijo mi papá y salió nervioso hacia la tapera
nos encerramos
las lechuzas descendieron sobre el campo
y no nos dejaron acercar en todo el día
un día de trabajo perdido
se quejaba papá
los galgos ladraban intentando recuperar un terreno
que nunca nos había pertenecido.

Bolsa XII (Granos: 51,2 kg)

La liebre cruzó en segundos
delante de nosotros
la perseguían los galgos
el pá me dijo
mirá que quede en el puntito
y dispará
cuando lo hice
caí tres metros atrás

con la escopeta clavada en el hombro
el estallido desparramó un sonido de lluvia abriendo el aire
y la liebre cruzó el alambrado
y se camufló brillante hasta perderse
entre los surcos de trigo del campo vecino.

Bolsa XIII (Granos: 49,5 kg)

Nos sentamos a comer
unas milanesas que la má
había fritado en el aceite en la noche
la má que decía cuidate del sol
que a vos te hace mal
y yo perdía la mirada en la pared
porque sabía que ella sabía
que también lo hacía por ella
solo por ella y solo ella entendía por qué
cuando las milanesas pasaban
del blanco al dorado
que ahora ellos en ronda
despedazan en una tabla con los cuchillos
en medio del potrero
la conservadora como una mesa
el pan en una bolsa
y mi negación a comer
con la que se asustan
porque así no voy a resistir el desyuye
pero hay jugo en un termo
que bajo sin parar
mientras sospecho que alguna vez
voy a escribir
sobre sus bocas que comen
lo que yo me niego
soja convertida en nalgas de vaca empanada
trigo en pan
naranja en postre
uva en vino que no paran de chupar
y cómo como esto
si entre sus dientes
a veces veo que nos comemos a nosotros
nuestras piernas caminando entre la soja
con apenas un descanso
nos comemos
con la pala en la mano
y el músculo tenso distendido en el corte del yuyo nos comemos
y otros en sus platos de algún lugar del mundo
nos comen
en los surcos turbios de calor
para que el movimiento sea
y otros a su vez se coman a otros para siempre
sin que lo sepan
ellos sí
que también
se ríen como ellos

y hasta quizá dónde
estén bajo un paraíso como este
haya un resto de milanesas fritas
que se calientan al sol.

(697 granos quedan esparcidos en el suelo)

Pueblo

Bolsa XIV (Granos: 49, 78 kg)

Cuando jugábamos en las vías
los colores amontonados de las mariposas
aparecían desde el interior de los campos
las veíamos ondular sobre los corrales
en amarillos, verdes, naranjas, azules
no había muchas rojas
o al menos no se distinguían en la montonera
parecían hacer dibujos en el aire
como si la naturaleza respirara
en nuestras sonrisas fascinadas.

Bolsa XV (Granos: 46,9 kg)

Cuando llegué los conejos estaban muertos
los galgos abrieron las puertas
se metieron en la jaula
los obligaron a salir
y cuando corrían por el patio
los cazaron
los pedazos —restos— de Felpudo y Saltarín
se esparcieron en la escena
lloré mucho
con un amigo
les dimos sepultura
les pusimos una insignia y un par de flores
la má no estaba
mis hermanas no cuentan
dormían seguro
nadie hizo nada
yo estaba en los surcos
y le dije no voy más
arréglalo con él no me metas en quilombo
que después se la agarra conmigo
los conejos ya estaban bajo tierra
las flores marchitas
y los grillos cantaban sacudiendo los naranjos
con la luna altísima
no voy más le dije a él
y como debía ser
me dio un tremendo cachetazo

porque no iba a ser más mi amigo
después los gritos adentro peleaban
y los conejos estaban como en el aire
en los grillos en los naranjos
eran una fuerza un mantra una energía
una suavidad en los pómulos
las manos en el pecho
me hicieron entender los conejos
que había que ceder
volver a los surcos
y esperar el día del no voy más pagale limosna a otro peón
pero no ahora
no es la hora

porque es mentira que en cualquier momento se pueden abrir las puertas.

(286 granos quedan esparcidos en el suelo)

Humo

Mamá enseñó alguna vez
que las salsas tienen que morir un poco
y cuando están casi secas
se les agrega un poco de agua
y para qué contarte
decía con una sonrisa inmensa y monstruosa

Mucho después supe
que era lo contrario a las recetas
de lxs maestrxs de cocina
puesto que se debe mantener la cocción hidratada
de todos modos ningunx
pudo igualar jamás las salsas de mamá
es que haciendo algo diferente
—a veces lo contrario
que prescriben quienes saben
se consiguen sabores insondables

Sin embargo ahora
mientras se queman las islas
ahí a pocos metros
el legado de mamá
se torna más expansivo
que un secreto de cocina
y no sé si no hay allí algo más peligroso
o un mandato secreto
para toda nuestra estirpe
de seres de un paisaje en extinción
del que estaba muy lejos en la infancia
pero del que ya aprendía
algo que tiene el olor de lo siniestro

este año desperté todas las mañanas
con las narices llenas de sangre seca

como en el tiempo aquel
cuando sangraba por alergia
incluso por las salsas misteriosas
o al simple roce del aire fresco
luego me operaron
organizaron un campeonato de bochas
para la cirugía de cristian molina
aseguraban las propaladoras en el pueblo
aunque nadie reconocía que lo de mis narices
provenía de las cerealeras de las que todxs comíamos
amanecía la sangre en la almohada
o seca como ahora
por ese humo

humo de paloma mariposas

humo de mora
humo de cuiz humo de chajá humo de arce

humo de cigüeña
humo de carpincho humo de amarillito
humodevacahumodecardenalhumodenutriahumoderatas humo de copetoncito

mariposas
humo de escarabajos humo de hormigas humo de sauce
humo de colibrí humo de iguana

humo de espinillos humo de caballos humo de paraísos
humo de mariquitas humo de sapos

humo de chimango

humo de totoras

mariposas

humo de culebras humo de camalote humo de garzas

humo de yacaré

mariposas

humo de gallareta humo de yagüareté humo de ranas humo de tortugas

humo de martín pescador humo de cardos humo de lombriz
humo de caracol humo de lirios humo de mono
humo de acacia humo de caracolero
humo de bandurria

mariposas humo de ñato

humo de ciervo humo de aguilucho

humo de chilca

humo de comadreja

humo de calandria

mariposas

humo de palma

